

aquello, como al fin es cosa que puede ser, y se suele mandar, y él no sabe lo que será, siempre anda con temor y sobresalto si le han de mandar aquello. Es como cuando uno tiene una herida en el pié, que todo le parece que le va á dar allí. Así todo le parece al inmortificado que le va á dar allí á donde le duele; pero el religioso mortificado, indiferente y resignado para todo, siempre anda contento y alegre, y no tiene que temer. Mas considerad la pena y desasosiego que traerá consigo el que fuere soberbio, cuando se viere arrinconado y olvidado, y que no hacen caso de él, y que no le encomiendan cosas de lustre y de honra como él deseaba, y mirad el temor y congoja con que anda tambien cuando se las encomiendan, y cuando ha de hacer alguna cosa pública, sobre cómo le ha de suceder, y si ha de sacar por ventura deshonor de donde él pensaba sacar honra. Por todas partes le aflige y atormenta su soberbia y miserable estado, y así es generalmente en todas las demás cosas. Vuestras pasiones son vuestros verdugos y sayones, y que os atormentarán perpétuamente, mientras no tratáreis de mortificarlas: y esto es verdad, ahora se cumpla lo que uno quiere, ahora no; porque mientras no se cumple aquel deseo que se dilata, aflige y congoja su ánima: *Spes quæ differtur, affligit animam.* Prov. XIII, v. 12. Y cuando viene á cumplir su deseo y hacer su

voluntad, aquello mismo le da tambien pena y tormento; ¡oh! ¿que haces tu voluntad? al fin saliste con la tuya, no mereces nada en esto, pues lo haces por tu gusto, y porque tú lo quisiste; todo se te vuelve en acibar.

Añádese á esto el remordimiento de la conciencia que trae consigo el que no trata de su mortificación, ni hace lo que debe; porque ¿qué contento puede tener un religioso que no vino á la Religión á otra cosa sino á tratar de su aprovechamiento, y á buscar la perfección, si no trata de eso? Claro está que ha de andar con pena y con dolor, y lo mismo podemos decir de cada uno en su estado; porque el gusano roedor de la conciencia que traemos con nosotros, en no haciendo lo que debemos, nos está remordiendo y royendo las entrañas. Dice muy bien el P. M. Ávila, lib. Epist.: Poned en una balanza los trabajos que se pueden pasar, siendo uno diligente, y viviendo en fervor, y tratando de su mortificación; y en otra los que pasa el tibio é inmortificado, porque no quiere pasar estos; y hallaréis que son los de este mil tanto mayores que los de aquel. Cosa es esta maravillosa, que halla mas deleite y contento el que sirve al Señor con diligencia en velar y orar, y en todo lo que se ofrece de trabajo y mortificación, que el tibio y flojo en hablar y pasar tiempo, y en regalarse y hacer su voluntad. Riéndose está el tibio

por defuera, y carcomiéndose de dentro, y llora el justo, y alégrase en el corazón: *Iter pigrorum quasi sepes spinarum.* Prov. XV, v. 19. El camino de los tibios y perezosos, dice el Sábio, es como quien anda sobre espinas. Lo que dijo Dios por el profeta Oseas, II, v. 6: *Ecce ego sepiam viam tuam spinis:* Yo cercaré tu camino con espinas. En los deleites puso Dios tristes remordimientos de conciencia, y en los pasatiempos amargura, y en hacer uno su voluntad dolor y tormento; ahí halla el tibio y perezoso espinas que punzan y atraviesan su corazón; pero el camino de los justos es llano y sin tropiezo alguno: *Via justorum absque offendiculo.* Prov. XIV, v. 19. ¡Oh qué paz y contento tiene un buen religioso mortificado, y que anda con cuidado en su aprovechamiento, haciendo lo que debe á buen religioso! No hay contento que se le iguale. Cada día experimentamos esto, que cuando andamos con diligencia en el servicio de Dios, estamos muy alegres y contentos, y cuando andamos tibios y descuidados, estamos tristes y desconsolados. Esa es muchas veces la causa de nuestras tristezas y desconsuelos, como diremos en su lugar, *trat.* 6, c. 4 y 6. De manera, que por huir los trabajos menores viene uno á caer en otros mayores: *Qui timet pruvinam, irruet super eum nix,* Job, VI, v. 16, dice Job, huís del frío, y cargará sobre vos la nieve. Decíais que por huir el trabajo dejábais de morti-

ficaros: yo digo, que aunque no fuese sino por eso mismo, habíais de procurar mortificaros para vivir con paz y sosiego, aunque no hubiera en ello otro bien, cuanto mas habiendo tantos.

CAPÍTULO XI.

Comiéntase á tratar del ejercicio de mortificación.

El principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar esta mortificación y victoria de nosotros mismos es ejercitarnos mucho en negar nuestra voluntad, y contradecir nuestros apetitos, y no dar gusto á nuestra carne, ni dejarla salir con la suya; porque de esta manera se va poco á poco venciendo la naturaleza, y desarraigando el vicio y la pasión, é introduciendo y criando la virtud. San Doroteo (1) da acerca de esto un aviso muy provechoso. Cuando sois molestados de alguna pasión ó inclinación mala, si condescendeis con vuestra flaqueza, y quereis poner aquello por obra, entended, dice, y tened por cierto, que con eso la pasión y mala inclinación quedará mas arraigada y mas fuerte, y así os hará mayor guerra, y os afigirá mas de ahí adelante. Pero si resistís varonilmente á la pasión y mala inclinación, con eso se irá ella disminuyendo, y teniendo cada día menos fuerza para

(1) S. Doroth. serm. seu doct. 15 in Biblioth. Sanct. Patr. tom. 3.

combatiros y molestaros, hasta venir á perder del todo las fuerzas, y á no daros ya molestia ni pesadumbre. Este es un aviso muy importante tambien para las tentaciones, por la misma razon, como declararemos en su lugar, *trat. 4, cap. 6*. Importa mucho resistir á los principios; porque la mala costumbre no nos lleve poco á poco á mayor dificultad.

Dicen los Santos que nos habemos de haber con nuestro cuerpo como un caballero que va sobre un caballo furioso y mal enfrenado, del cual con industria y valor se apodera, y le hace caminar por donde quiere y al paso que quiere. Así acá es menester traer siempre el freno tirado, y no descuidar de la espuela; y de esta manera seréis señor de vuestro cuerpo, y haréis de él lo que quisiéreis, y que camine por donde quisiéreis, y al paso que quisiéreis: y si no teneis valor y destreza para gobernarle y apoderaros de él, apoderaráse él de vos, y derribaros ha en algun despeñadero. El medio que suelen tomar cuando una bestia tiene algun mal siniestro para quitársele, es no dejarle salir con él. Pues ese ha de ser tambien el medio que habemos de tomar nosotros para quitar las siniestras y malas inclinaciones de nuestra carne, no dejarla salir con lo que ella quiere, sino contradecirla é irle á la mano en todos sus apetitos y deseos.

Para que nos animemos mas á

este ejercicio, ayudarános mucho que vayamos siempre con aquel fundamento que decíamos al principio, *cap. 2 et 4*, que este hombre exterior, esta nuestra carne y sensualidad es el mayor contrario y enemigo que tenemos, y que como tal anda siempre procurando nuestro mal, apeteciendo contra el espíritu, y contra la razon y contra Dios. Una de las razones principales por que dicen los Santos que el propio conocimiento es un medio eficazísimo para vencer todas las tentaciones es, porque el que anda en este ejercicio, como tiene bien entendida su flaqueza y miseria, en asomando el pensamiento ó deseo malo, luego echa de ver que aquella es tentacion de su enemigo que le quiere engañar, y así guárdase de él, y no le da crédito ni oidos ningunos. Pero el que no se conoce ni trata de eso, no echa de ver la tentacion que le viene, ni la tiene por tal, especialmente cuando es conforme á su inclinacion y gusto; antes lo que es tentacion lo tiene por razon, y lo que es sensualidad le parece necesidad, y así fácilmente es vencido de la tentacion. Pues esto os ayudará tambien mucho para mortificaros, acordaros que traeis con vos el mayor enemigo que teneis, y entended que todos esos apetitos y tentaciones que os vienen son de vuestra carne y sensualidad, que como enemigo capital pretende y procura vuestro mal, y de esa manera fácilmente os mortificaréis y lo

desecharéis; porque ¿quién se fiará de su enemigo?

San Bernardo (1) trae otra buena consideracion para esto: dice que nos habemos de haber con nosotros mismos y con nuestro cuerpo como con un enfermo que nos hubiesen encomendado, al cual, aunque pida y desee mucho lo que le hace daño, se le ha de negar, y lo que hace provecho, aunque él no guste de ello, se lo han de dar, y hacer que lo tome. ¡Oh si nos acabásemos de tener por enfermos, y anduviésemos siempre con esta consideracion, que todos estos apetitos y deseos que nos vienen son antojos de enfermos, y persuasiones de nuestro enemigo que nos quiere hacer mal, cuán fácilmente los desecháramos y venceríamos! Pero si vos no os teneis por enfermo, sino por sano, no os teneis por enemigo, sino por amigo, en grande peligro estais; porque ¿cómo habeis de resistir á lo que no pensais que es malo, sino bueno, y á lo que no pensais que es engaño, sino verdad?

Cuenta san Doroteo, doctrina undécima, que estando en el monasterio con el cargo de las cosas espirituales, á quien acudian todos los monjes con sus tentaciones, un dia vino á él uno de ellos á darle cuenta de una tentacion que tenia de gula, y como unas cosas se llaman á otras, pasaba adelante la tentacion, y llegaba á que le hacia hurtar cosas de comer. Preguntóle él con

(1) Bernard. epist. seu tract. ad frat. de Monte Dei.

mucho amor la causa por que hacia aquello: respondió que por la hambre que tenia, que no le bastaba lo que le daban en la mesa. Exhortábale á que fuese al abad y le declarase su necesidad: á él hizo se le muy dificultoso, diciendo, que tendria mucha vergüenza en ir con eso al superior. Pues esperad, dice, que yo lo remediaré. Vase san Doroteo al abad, y dale cuenta de la necesidad del monje. El abad remítelo á él, que haga todo lo que le pareciere que conviene para su remedio. Con esto hace llamar al despensero, y mándale que á cualquier hora que aquel monje le pidiere de almorzar ó merendar le dé todo cuanto le pidiere. El despensero obedeció, y dábaselo con muy buena gracia: con lo cual se comenzó de hallar bien, y por algunos dias no hurtó nada; pero de ahí á poco tornó á su mala costumbre. Iba con muchas lágrimas á san Doroteo á decir su culpa y pedir penitencia (que eso tenia bueno, que declaraba luego sus faltas, el cual es medio muy eficaz para que no duren mucho); preguntale: ¿No os da el despensero lo que le pedís? ¿haos dicho alguna vez de no? Muy bien, dice, lo hace el despensero, y todo cuanto le pido me da; pero tengo vergüenza de ir tantas veces á él. ¿Y de mí, dice, tendréisla, ya que sé vuestra tentacion, y os habeis declarado conmigo? Respondió que no: y con esto mándale que acuda á él, y le daría todo lo que hubiese me-

nester, y no hurtase nada de ahí adelante. Tenia entonces san Doroteo el cuidado de los enfermos, y regalábale mucho. Con esto detúvose en hurtar por algunos dias, pero presto volvió á su mala costumbre; y fué con muchas lágrimas y confusion á decir su culpa, y pedir perdón y penitencia. Dícele san Doroteo: Pues ¿cómo, hermano mio? á mí no teneis empacho en pedirme, y yo os doy todo lo que habeis menester, ¿para qué hurtais? Respondió: Padre, no sé cómo es esto, ni para qué hurto; el vicio y mala costumbre me lleva tras sí, que yo ninguna necesidad tengo, ni como lo que hurto, que al jumento se lo doy; y así se halló, porque fueron á su aposento, y tenia los higos, uvas, manzanas y los pedazos de pan escondidos debajo de la cama, y allí se lo dejaba hasta que se pudiera, y entonces, no sabiendo qué se hacer de ello, lo llevaba á la caballeriza, y lo echaba al jumento. De lo cual se verá, dice san Doroteo, el miserable y desdichado estado á que lleva á uno la pasión y mala costumbre, y cuánta razón tenemos de tenernos por enfermos y por enemigos. Bien veia este que hacia mal en aquello, y lloraba y se affigia mucho de haberlo hecho; y con todo eso no parece que se podia contener de tornarlo á hacer: por lo cual decia muy bien el abad Nisqueron, que el que se deja llevar de la pasión y mala costumbre, se viene á hacer siervo y esclavo de ella.

CAPÍTULO XII.

Cómo se ha de ir poniendo en práctica el ejercicio de la mortificación.

Pues el ejercicio de la mortificación es el principal medio que podemos poner de nuestra parte para alcanzar victoria y señorío de nosotros mismos, y de nuestras pasiones y apetitos, será bien que vayamos descendiendo mas en particular, declarando cómo habemos de ir poniendo en práctica este ejercicio. El orden y regla general que solemos dar en semejantes cosas es, que pongamos los ojos en aquello de que tenemos mas necesidad, y que eso sea lo primero que procuremos alcanzar. Pues comenzad primero este ejercicio por las ocasiones de mortificación que se os ofrecen, sin andarlas vos á buscar, ahora sea por medio de la obediencia, ó por medio de vuestros hermanos, ó por otra cualquier via. Recibid de buena voluntad todas esas ocasiones, y aprovechchaos de ellas, porque eso es necesario, así para vuestra paz y quietud, como para dar buen ejemplo y edificacion. Habíamos nosotros de ser tan fervorosos en la mortificación, pues nos va tanto en ello, que anduviésemos pidiendo é importunando á los superiores que nos mortificasen en esto y en lo otro, y nos mandasen aquello á que tenemos mas repugnancia, y

nos diesen la penitencia y la reprehension en particular y en público delante de todos. Pero ya que no seais tan fervoroso como eso, recibid siquiera con paciencia y buena voluntad las ocasiones de mortificación que se os ofrecen y os envia Dios para vuestro ejercicio y aprovechamiento. Muchas son las ocasiones que en esto se nos ofrecen cada dia, y si uno anduviese sobre sí, y con deseo de mortificarse, siempre hallaria en qué; porque unas veces acerca de las cosas de la obediencia os parecerá que á vos os mandan lo mas trabajoso, y que todo carga sobre vos, habiendo otros que podian hacer aquello: y á cada uno en su oficio se le ofrecen algunas cosas que le dan particular trabajo y mortificación. Pues aprovechaos de esas ocasiones que teneis entre manos, y prevenios para ellas, y haced cuenta que eso dificultoso es vuestra cruz que habeis de llevar para seguir á Cristo. Otras veces se os ofrecerán ocasiones de mortificación en la comida, en el vestido, en el aposento: holgaos que os quepa á vos siempre lo peor, como nos lo dice la regla 25 *Summarii const.* Otras veces os darán la penitencia y la reprehension; y algunas veces os parecerá que no teneis culpa, y otras que á lo menos no tanta, y que os dicen la cosa diferentemente de lo que pasó, ó que la encarecen demasiado; holgaos de todo eso, y no os excuseis ni os quejeis, ni querais luego volver por vos, y sa-

tisfacer al uno y al otro. Pues si vamos á las ocasiones de mortificación que se nos ofrecen de parte de nuestros prójimos y hermanos con quien tratamos y conversamos, hallarémolos tambien hartas; unas veces sin querer ellos ni advertir en ello, y sin culpa alguna suya; otras por algun descuido ó negligencia, aunque no con mala intencion: otras veces se ofrecen ocasiones en que os parece que sois desestimado, y que hacen poco caso de vos. Pues si vamos á las que os envia el Señor inmediatamente con las enfermedades, tentaciones y trabajos que nos vienen, y con el repartimiento tan diferente de sus dones, así naturales como sobrenaturales, no tienen cuenta ni número las que cada dia se nos ofrecen, sin andarlas nosotros á buscar.

Estas son las ocasiones en que primero nos habemos de ejercitar; porque como estas mortificaciones se nos han de ofrecer muchas veces necesariamente, y las habemos de padecer, aunque nosotros no queramos hacer de la necesidad virtud, para que ya que las padezcamos, sea con fruto; y fuera del aprovechamiento espiritual que en esto hay, ahorrarémolos de mucho trabajo, si las tomamos de buena voluntad; porque muchas veces el trabajo y dificultad que sentimos no está tanto en las cosas, cuanto en la repugnancia y contrariedad de nuestra voluntad; y así abrazán-

dolas de buena gana, aliviaremos mucho trabajo.

Otras mortificaciones hay que las tenemos nosotros de hacer de nuestra voluntad, y por eso las llaman algunos activas, á diferencia de las pasadas, que llaman pasivas, porque las tenemos de padecer, aunque no queramos, que son necesarias; y así han de ser también de las primeras: y de estas, unas hay que son necesarias para que cualquier cristiano sea bueno y se salve; como es mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de los mandamientos de Dios. Otras son necesarias para que uno sea buen religioso y alcance la perfección; como es mortificarse en todo aquello que le impide la guarda de sus reglas, y el hacer las cosas bien hechas y con perfección; porque cosa cierta es, que no solo todos los pecados, como dijimos arriba, *cap. 11*, sino todas cuantas faltas é imperfecciones hacemos en el camino de la virtud, son por falta de mortificación; porque todas son, ó por huir y no padecer algún trabajo que sentimos en hacer lo bueno y lo mejor, ó por no abstenernos de algún gusto y deleite que recibimos en lo malo ó imperfecto que hacemos. Vamos discurrendo por todas ellas, y hallaremos que si faltamos en la obediencia y en la observancia de las reglas, ó en la templanza, ó en el silencio, ó en la modestia, ó en la paciencia, ó en cualquier

otra cosa, todo es por falta de mortificación, ó por no padecer el trabajo que está anejo á aquello, ó por no abstenernos del gusto y deleite que recibimos en lo contrario. De manera que si queréis ser buen religioso y alcanzar la perfección, es necesario que os mortifiqueis en estas cosas. Así como para ser uno buen cristiano y salvarse es menester que se mortifique en todo aquello que apeste contra la ley de Dios; y por eso dijo Cristo nuestro Redentor, *Matth. xvi, v. 24*: El que quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo; y si no se niega y mortifica en eso, no será buen cristiano, ni se salvará: así para ser buen religioso y alcanzar la perfección es menester que os mortifiqueis en todo lo que os fuere impedimento para ello: pues discurred por todas las obras del día, desde la mañana hasta la noche, y mirad lo que os impide el guardar vuestras reglas, y el hacer las cosas ordinarias que hacéis bien hechas y con perfección, y acometed aquel trabajo, y mortificaos en aquel gusto que os hace hacer la cosa mal ó imperfectamente, y de esa manera cada día serán las obras mejores y más perfectas, y vos también seréis mejor y más perfecto: todo el punto de nuestro aprovechamiento está en acabarnos de resolver en esto.

Preguntó uno una vez: ¿qué es la causa que por una parte me da Dios buenos deseos de la virtud, y por

otra, cuando se ofrece la ocasión, me hallo flaco y caigo en muchas faltas, y nunca acabo de arribar á la perfección? Decían unos y otros: eso nace de falta de consideración: si consideráseis esto y esto, os ayudaría: y dábanle muchas consideraciones, y no le aprovechaba nada. Llegó á un viejo muy experimentado, el cual le respondió: No nace eso de falta de consideración, sino de falta de resolución. Esa es la causa de no aprovechar: acabaos vos de resolver en mortificaros en lo que tenemos dicho, y de esa manera alcanzaréis la perfección.

CAPÍTULO XIII.

Como nos tenemos de mortificar en las cosas lícitas y también en las cosas necesarias.

No parece que había más que decir acerca de la práctica y ejercicio de la mortificación, sino que nos ejercitemos muy bien en ella de las dos maneras sobredichas, porque esto bastará para ser buenos y perfectos religiosos; pero para que mejor hagamos esas, y estemos más prontos y dispuestos para ellas, ponen los Santos y maestros de la vida espiritual otro ejercicio de mortificación en cosas que podíamos hacer lícitamente: así como el buen cristiano no se contenta con hacer las cosas de obligación que son necesarias para salvarse, sino añade otras de devoción, que llaman los teólogos obras de supererogación, por-

que no se contenta con oír misa los días de precepto, sino óyela también entre semana, y reza el Rosario de Nuestra Señora, y confiesa y comulga á menudo: así el buen religioso no se ha de contentar con guardar sus reglas, y mortificarse en lo que es necesario para el cumplimiento de ellas, sino ha de procurar hacer otras mortificaciones de supererogación, á que no le obligan sus reglas, mortificándose en algunas cosas no necesarias, sino que lícitamente las pudiera hacer.

San Doroteo (1) dice, que no hay cosa que así ayude para aprovechar en virtud, y alcanzar paz y tranquilidad, como quebrantar uno su voluntad; y enseña el modo que tenemos de tener en mortificarnos en estas cosas que pudiéramos hacer lícitamente. ¿Vais por una parte, viéneos gana de volver la cabeza y mirar acullá? no mireis. ¿Estais hablando con otros, ofréceseos una cosa que viene muy á propósito, os parece que os tendrán por discreto y avisado? no la digais: *Suadet tibi cogitatio tua, adi cocum, et interroga quid parat absonii, non obtemperes*. Ejemplos son que pone el mismo Santo, que tan en particular descien- de como esto: ¿Viéneos gana de saber qué tenemos para comer? no lo queráis saber: *Cernit fortasse quidpiam, suadet illi cogitatio, ut interroget quisnam illud*

(1) S. Doroth. serm. 1 de obediencia, et negat. propr. volunt.